

© , 2018

Diseño portada: Julio Fer

D.L.

ISBN:

Edita: Ediciones Invasoras

Imprime: Cimapress

SATURNO EN AGOSTO

OBRA FINALISTA EN EL I PREMIO INTERNACIONAL
DRAMATURGIA INVASORA 2017

Rafael Ruiz Pleguezuelos

LA CONSTRUCCIÓN MÍTICA Y LAS MENTIRAS LITERARIAS

F. Morales Lomas

*Académico de la Academia
de las Artes Escénicas de España*

Toda la literatura es una construcción mítica. El ser humano lo es, si lo consideramos un imaginario en la mente del creador. Aunque Hawking lo identificara con la gravedad. No creamos literatura para erigir al ser humano sino para reconocernos, seguramente para identificarnos, para escrutar lo que somos y lo que ignoramos de nosotros mismos. Lo que está detrás del espejo, lo que está detrás de la máscara. Siempre andamos con la aventura de Jano, aquella deidad tan humana de dos caras. El dios de las transiciones, como es el protagonista César, el dios ínfimo y accesorio de *Saturno en Agosto*.

Pero la literatura también es un laberinto en el que Teseo descubre a ese hombre con cabeza de toro o a un toro con cabeza de hombre, como dijo Borges en "El hilo de la fábula". Desde Aristóteles sabemos que la agnición es un cambio desde la ignorancia al conocimiento, para amistad o para odio, de los destinados a la dicha o al infortunio. La agnición más perfecta, como nos recuerda el sabio ateniense, es la acompañada de peripecia como la de *Edipo*, esa identidad oculta, ese Jano que nace para el exterminio y la desolación.

Toda la estructura mítica de *Saturno en Agosto* nace de Jano, también de la agnición y, sobre todo, de un mito, Sylvia Plath, la

escritora de Boston que, sin tomar cuerpo en la obra, se apodera de toda ella. La suicida Plath, autora de poemarios como *El coloso*, *Ariel* o *Árboles de invierno*, fue una poeta de extraordinaria sensibilidad que supo captar las luces y las sombras del yo poético haciendo una ejecución de identidades y apócrifas similitudes ante el espejo, para tratar de saber quién era en ese desahogo de Jano en que consistió su vida y la bipolaridad de sus trastornos en este poema de cierre vital:

Filo

*La mujer ha alcanzado la perfección.
Su cuerpo
muerto muestra la sonrisa de la realización;
la imagen de una necesidad griega
fluye por los pliegues de su toga,
sus pies
desnudos parecen estar diciendo:
hasta aquí hemos llegado, se acabó.
Los niños, muertos y ovillados como blancas serpientes,
uno junto a cada pequeña
jarra de leche ya vacía.
Ella los ha plegado
de nuevo hacia su cuerpo como pétalos
de una rosa cerrada cuando el jardín
se aquieta y los aromas sangran
de las dulces y profundas gargantas de la flor de la noche.
La luna no tiene de qué entristecerse,
mirando fijamente desde su capucha de hueso.
Está acostumbrada a este tipo de cosas.
Sus negros crujen y se arrastran.*

Rafael Ruiz Pleguezuelos ha construido una sinfonía con la música de fondo de Sylvia Plath, el mito, la mujer, el ser de carne y hueso, pero también el Jano bifronte que ofrece su bipolaridad consciente y despliega la agnición más perfecta.

Saturno en agosto es la construcción de ese mito a través de su deudor, el protagonista también jánico, César, el hombre que evoluciona, el hombre que es pero no es, el hombre que acaba construyendo, como la propia literatura, un gran fingimiento.

César es un escritor que se ha construido a sí mismo desde ese ámbito que crea el mito. Al principio lo estimamos, cree en una idea, en un sueño. Es un sueño su pensamiento. Después es una gran farsa. Y en el camino un mundo que se va cimentando y

demoliendo, fundando y subvirtiendo, con las dos caras de Jano, con la agnición que despliega su inconsistencia, tan equilibrada y obstinada al principio.

En un espacio cerrado, el salón-biblioteca de una casa de campo, se concita ese mundo cerrado, familiar, el que César, el patriarca, un hombre de unos cincuenta años, nos hace creer desde el comienzo en torno a lo poco que le duró su relación con Sylvia Plath, la matadora de hombres, la matadora de sí misma, y la merma de aquel encuentro, la memoria que se recrea, la construcción del mito. Treinta y seis días estuvo con ella, pero, para él, decía: “Ella a mí toda la vida”. Su presencia es invariable, obsesiva, opresiva para él y para toda su familia: Beth, su mujer, y Sarah, la hija de esta.

Ese mundo que vive en él como un reclamo, como una estructura férrea, de pronto recibe la visita de Bright, un escritor, un crítico que conoce bien la obra de César en torno a Sylvia Plath, y a la propia escritora, sobre la que ha investigado y trabajado a fondo. La invitación de César a Bright es un acto de exorcismo, o acaso de conjuración, tanto como la de este con aquel.

Cada personaje tiene su intrahistoria, su identidad oculta, un modelo, bipolar, un modelo donde Jano se encuentra en su mundo de transiciones que, progresivamente, va a construir con una absoluta sapiencia Ruiz Pleguezuelos a través de un lenguaje certero, verosímil y con una adecuada cadencia.

A través de una locución más profundamente narrativa en los dos primeros actos y en el clímax total en los siguientes tercero y cuarto. Son dos construcciones bien diferenciadas, técnica y emocionalmente. Pero el pulso es de un sorprendente temple. Todos caemos en la trama y cuando descubrimos la verdad, la fábula bajo ese símbolo del título, nos da la sensación de que no podemos salir de nuestro asombro, que estamos de pies y manos en el fango, en un lodo viscoso del que no podemos desgajarnos: el lodo que ha ido creando estructuralmente el dramaturgo de la

mano de la mano de César: su protagonista, su Jano, su historia truncada.

A medida que la obra avanza, esa familia aparentemente feliz, va ofreciendo su verdadero rostro y al tiempo que César le habla a Bright de su obra biográfica, *Pelo salvaje*, nace la desolación, el desencuentro, la destrucción de una infamia, de una apariencia.

Pero Bright guarda un secreto a voces. Bright ha llegado a la casa de César para destruirlo. Como le dirá su mujer Beth: “¿Por qué has querido destruir a mi marido?” y responde Bright: “He venido para desmontar una mentira”.

En la obra se concitan cuatro personajes: César (50 años), Beth (su mujer de 40 años), Sarah (la hija de Beth, de 20 años) y Bright (40 años). La acción transcurre en un salón-biblioteca en el año 1986. La obra está organizada en cuatro actos. Siendo los dos primeros, como decíamos, los que determinan la exposición de los acontecimientos esenciales; el tercero, donde se concita el momento más álgido de la obra, su clímax; y el cuarto y último, más breves, donde se cierra y concluye. Es una estructura bastante clásica, ya determinada en las viejas poéticas desde Aristóteles (planteamiento, nudo y desenlace), que nos permite ir conociendo primero a los personajes en los dos primeros actos para observar en los siguientes su confrontación. A lo largo de ellos van evolucionando y pasando por diversas posturas de connivencia y aceptación para el espectador, pero siempre estará omnipresente un personaje mudo y ausente (referencia constante), la escritora de Boston Sylvia Plath; si bien su peso, como hilo conductor o instrumento dialéctico relevante es determinante pues constituye la columna vertebral “literaturizada” de la obra.

El primer acto posee un monólogo inicial en el que ya surge el recuerdo de Sylvia y la queja de César sobre el poco tiempo que logró estar con ella. César confiesa que Sylvia le dedicó

“tres cartas y un poema, aunque algunos críticos no estén de acuerdo en lo del poema y lo dirijan a otra persona”.

Después, la acción continua con Beth, César y Bright, que llega a casa de César par quedarse un par de días; profesor en la universidad, es un estudioso de Sylvia Plath. Vamos descubriendo los problemas de autoridad que el matrimonio César-Beth poseen con su hija Sarah, una joven difícil. Sarah no es hija de César pero desde que vive con Beth ejerce de padrastro. Es constante la presencia de Sylvia, los libros que escribió sobre ella... y de su nuevo libro de biografía, “Piel salvaje”. César confiesa a Bright que a su mujer no le gusta la poesía de Sylvia y no solo no le gusta sino que su figura es insoportable para ella. Bright reconstruye su conocimiento de Sylvia en 1962 al tiempo que surgen situaciones familiares desagradables como los comentarios de César sobre Sarah, hecho que nos permite ir observando un primer encontronazo dialéctico. Este primer acto ocupa, aproximadamente, un tercio de la obra.

El acto II comienza de nuevo con un monólogo de César en el que habla de su relación sentimental con Sylvia: “Congeniamos en seguida. Eso que dicen del flechazo, aunque después nunca es como parece. A ella le acababan de conceder la beca Fulbright para ampliar estudios en Inglaterra y yo había sido admitido en uno de los colegios de la Universidad de Manchester.” Y, hacia el final del monólogo, dice César a lo que aspiraba realmente Sylvia Plath tomando la simbología del planeta: “No lo entiendes. No aspiro a ver el planeta. Lo que busco cada noche es una idea. La idea de poder ver Saturno en agosto.”

El diálogo entre Beth y Bright permite al lector conocer la actitud de esta ante la obra de su marido, muy negativa, y su hartazgo tanto como la ausencia de compromiso de Bright para valorar la misma. César no parece muy contento con su casamiento, como le confiesa a Bright, y le dice: “Has hecho muy bien en no

casarte. ¡Pero que muy bien! La literatura no necesita escenas domésticas. Y si encima haces como yo y te casas con una irlandesa, entonces ya has hecho en vida medio camino al infierno”.

César, del que sabemos ahora su apellido, “Descalzo”, va adentrándose desde el principio en las aguas movedizas de cierto desencanto, pero a pesar de todo, sigue con su construcción falsaria y muestra a Bright unas cartas que tiene guardadas bajo llave de Sylvia Plath, con las que aspira a un reconocimiento y dar por asentada su tesis anterior, y habla con admiración de ella y de su caligrafía tanto como de su desgracia: “No sé tú, pero yo soy de los que piensan que Ted la mató, aunque fuera de una manera indirecta. La hizo tan desgraciada que no le mostró otra salida. Me gustaría que pudiéramos estar de acuerdo en eso. La enamoró para humillarla, para ignorarla. No se puede ignorar algo tan bello, tan genial. Y luego estaba la amante, claro. Que también se suicida. No me digas que no existe una especie de gran abismo oscuro dentro de un hombre a quien se le suicidan sus dos parejas.”

Con este segundo acto se cubren dos tercios de la obra. Con el tercer acto se inaugura también un tercer monólogo de César Descalzo en torno a la simbología de Saturno y su anillo, y recoge un bello poema de Sylvia Plath: “ Cuando uno observa un planeta, no es simplemente una imagen. Parece el símbolo de algo más. Es como si tu ojo conectara con el infinito, con el presente y el pasado. A Saturno, el anillo le da una apariencia de carácter, como si se tratase de una letra perdida en el espacio. Tantos años después, he visto con mis ojos el Saturno que buscaba Sylvia en la cubierta del barco”.

El poema está centrado en la muerte y en las frustraciones vitales ante la existencia y los propósitos asolados; con él cierra el monólogo:

*La muerte es una enfermedad que llevo a casa.
Repito: es una muerte. ¿Es el aire,
las partículas de destrucción lo que absorbo? ¿Soy un pulso
que declina y declina, mirando al ángel frío?
¿Es éste mi amante entonces? ¿Esta muerte?
De chica amé un hombre comido por los hongos.
Tuve mis oportunidades. Lo intenté.
Tomé la vida y me la cosí como un órgano raro
y caminé con cuidado, precariamente.
Traté de no pensar demasiado. Traté de ser natural.
Traté de ser ciega en el amor, como otras mujeres,
ciega en mi cama, con mi dulce ciego amor, sin buscar
con la mirada, a través de la densa oscuridad, la cara de otro.
No lo conseguí.*

Deducimos la animadversión de Sarah hacia César en el diálogo con su madre Beth. La llegada de Bright y las referencias de este a los libros que encuentra en el baño permite crear una distensión dramática que rápidamente se descontrola cuando Sarah ataca decididamente a Sylvia, a la que llama puta.

La tensión va cada más en ascenso y en la mesa, preparada para la cena, César había dispuesto que se colocara el plato y los cubiertos para una supuesta Sylvia, ausente, pero siempre presente en su mente. La llegada de César se produce como un arrebató e inicia la escalada climática con un ataque fulgurante a Bright porque en su biografía sobre Plath lo había tildado como “amante mediocre”. La lluvia y la tormenta que se genera en el exterior coadyuva a la progresiva tensión dramática, que es conducida con bastante acierto por Ruiz Pleguezuelos. César, en esa andadura por sus demonios particulares, tocado por el alcohol y por el arrebató vindicativo, dirige ahora sus ataques hacia Beth por no haber estudiado. En un momento de evidente neorromanticismo se va la luz y, de este modo, la expectación teatral consigue su propósito inmediato.

Se produce el estallido que estaba anunciándose desde el principio de la obra con Beth y Sarah, pero también Bright tiene guardada una bala de plata (sorpresa que no revelamos al espectador) para que la obra adquiriera el clímax adecuado. Beth, ante ese ataque inesperado, trata de defender a su alicaído esposo mientras la escena queda un tanto enmudecida cuando comienza

a retirar el simbólico plato vacío de Sylvia y se produce como una huida de César hacia la tormenta.

En el cuarto acto, la acotación inicial juega un papel importante porque esos libros desordenados también simbolizan un desorden vital. Beth anuncia a César que lo dejan solo, que su hija y ella se marchan, mientras ordena simbólicamente los libros. César realiza un comentario abyecto sobre los profesores de universidad y ofrece una pésima imagen de hombre derrotado.

El mito de Sylvia quizá ha acabado apoderándose de todo en ese proceso de autodestrucción de una familia, de una vida, de una historia, en una especie también de suicidio colectivo, y en esa especie de autoinmolación del protagonista.

Ruiz Pleguezuelos desde una idea inicial en torno a la poeta Sylvia Plath y su mundo, su poesía, su vida... ha logrado crear una obra de gran altura dramática, en la que Jano surge con fortaleza en este laberinto vital perfectamente conducido, con dosis de dramatismo familiar que se combinan con lo paradigmático de la otra relación, la que crea el triángulo César-Bright-Sylvia, con toda su batahola de resarcimientos y desagravios que se traen a la actualidad con una frialdad sublime; pero también el otro triángulo en torno a César-Beth-Sarah, que corre parejo al anterior mostrando que la vida se imbrica con la literatura y esta con aquella, porque al fin y al cabo todo es literatura, todo es un laberinto mítico del que es difícil salir, pero del que finalmente lo-gramos hacerlo.

SATURNO EN AGOSTO

No hay mejor sistema
para que desaparezcan
los fantasmas
que mirarles a los ojos.

Patrick Modiano

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

CÉSAR, en torno a 50 años.

BETH, 40 años.

BRIGHT, 40 años.

SARAH, 20 años.

Año 1986.

Izquierda y derecha, las del espectador.

Este texto ha sido creado desde el amor y la admiración a la obra y biografía de Sylvia Plath. Se trata de un trabajo de ficción. Cualquier parecido con personas o sucesos reales es pura coincidencia.

ACTO PRIMERO

El salón-biblioteca de una casa en el campo. Un gran sofá de cuero, que más parece tomado de la consulta de un psicólogo que de un verdadero hogar. Los libros llenan todo el espacio, aunque se encuentran dispuestos en perfecta simetría y parecen muy bien ordenados, como si de una biblioteca pública se tratase. Una mesa de café. Al fondo, junto a una ventana, un buen telescopio. Por alguna razón, el lugar no parece acogedor. El orden excesivo le resta personalidad; parece más un escaparate o una casa de revista que un lugar en el que verdaderamente vive una familia. En la salida derecha está situada la puerta al exterior, y la izquierda comunica con las dependencias interiores.

CÉSAR aparece iluminado en el proscenio, para que tenga lugar un aparte introductorio. El resto del escenario se mantiene en penumbra hasta que acabe el monólogo.

CÉSAR.- Enamorarse de Sylvia era sencillo. No tenías que hacer nada. Si te dejabas arrastrar por tus emociones, ya estabas loco por ella. De algunas mujeres puedes enamorarte de su físico, porque son bellísimas. Otras tienen una personalidad arrebatadora. También puedes caer a los pies de su inteligencia. En el caso de Sylvia, lo tenías todo. En un par de días la deseabas con locura. Era como si un huracán pasase por tu vida, sin que nadie hubiera dicho una palabra hasta que lo tienes encima. Así creo yo que nos ocurrió a todos. Digo todos porque los amantes de Sylvia fuimos un pequeño ejército. Algunos dicen que también hubo alguna mujer. Yo no lo creo. ¡Se dice tanto de ella, ahora que ya no está con nosotros! Es muy fácil ha-

blar de los muertos. Conozco el número exacto de amantes porque en mi biografía sobre ella hago el recuento. De los hombres que tuvo y los días que vivió. Sé incluso el número que hago yo entre los hombres de su vida. (Pausa dramática).

Ahora todo el mundo es muy listo y dice haber adivinado cuál iba a ser su final. Afirman con total seguridad que en un suicida siempre hay alguna pieza que no encaja del todo. Como si lo llevaran escrito en la frente. (Más enfadado de lo que la situación requiere). Esa gente miente. No es cierto eso de que siempre hubo algo inquietante en ella. Yo no vi nada más que belleza y genio. Fuimos felices, aunque con el tipo de felicidad que una persona tan compleja como Sylvia Plath puede ofrecer. Al menos el tiempo que duró aquel barco de América a Inglaterra, y en aquellos días de amor intenso, inacabable. Urgente, como hacen las personas que sienten que la vida se les escapa. Si se entregaba a alguien, se daba plenamente. Para siempre, aunque para siempre significase en aquel momento. Me decía muchas veces que a lo único que aspiraba era a ser una persona normal, y le frustraba no conseguirlo. Lo peculiar de todo aquello era que lo que Sylvia entendía por normal es lo que cualquier mortal considera como extraordinario. Para ella era normal conseguir una beca Fulbright. Para ella era lógico publicar en el New Yorker. Para ella era de lo más evidente que uno ganara un premio Pulitzer. Mucha gente olvida que lo ganó, aunque lo hiciera diecinueve años después de su muerte. Se negó a vivir por debajo de lo extraordinario. (Breve pausa, en la que parece meditar sus palabras siguientes). Hay una biografía de Sylvia cuyo primer capítulo se llama "La chica que quiso ser Dios". No me gusta esa biografía, sobre todo porque no me menciona a mí. Ni siquiera un apunte de pasada, es injusto. Pero ese primer título sí que me parece un buen resumen de lo que Sylvia quiso hacer. "La chica que quiso ser Dios"... ése debería haber sido su epitafio.

Al fin y al cabo, eso es una biografía, ¿no? Un epitafio de muchas páginas.

Me dedicó tres cartas y un poema, aunque algunos críticos no estén de acuerdo en lo del poema y lo dirijan a otra persona. Porque en la personalidad de Sylvia, eso sí, estaba escrito que pronto habría un reemplazo para mí. Le duré treinta y seis días. Ella a mí, toda una vida.

Oscuro. CÉSAR sale.

Luces. En el momento en que arranca la acción, BETH pone orden en el salón. SARAH está sentada lo más al fondo posible, con los pies por alto y hojeando una revista. Notamos que están haciendo tiempo, aguardando una llegada. Entran BRIGHT y CÉSAR por la derecha, llevando una maleta cada uno, BRIGHT la más pesada y voluminosa. Aún así, BRIGHT nota que a CÉSAR le supone un esfuerzo llevar la maleta. CÉSAR la coloca junto al sofá, casi dejándola caer.

BRIGHT.- Libros y más libros. Por eso pesan tanto.

CÉSAR.- (Queriendo agradar). A mí me pasa igual. Aunque sea un viaje de un fin de semana, quieres llevar contigo media biblioteca. (A su mujer). Este es--

BETH.- (Haciendo una broma) El profesor Bright, supongo.

Un BRIGHT sonriente le da dos besos.

CÉSAR.- (En un tono prepotente, que queda mal ante los otros dos) Todo el mundo conoce esa frase de Livingstone, pero no tiene ni idea de cómo se llamaba quien la pronunció. (Dirigiéndose a su mujer, fundamentalmente) ¿Quién dijo eso del Dr. Livingstone, supongo?

Sin esperar a que ninguno de los dos ofrezca una respuesta.

CÉSAR.- En aquel momento, nadie. El periodista galés Henry Morton Stanley, que fue quien se entrevistó con Livingstone, lo inventó unos meses después de su regreso para embellecer la historia del encuentro.

BETH.- *(A BRIGHT, con la intención evidente de cambiar de tema y aplacar la pedantería de su marido)* ¿Qué tal el viaje?

BRIGHT.- Bien, bien. ¡Vaya aterrizaje! El aeropuerto está ya tan metido en la ciudad que el avión tiene que colarse entre los edificios.

BETH.- *(Con un leve tono despectivo)* ¡Cuéntaselo a mi marido! César odia volar.

CÉSAR.- Odio volar aquí. Deberían haber cerrado ese aeropuerto hace mucho tiempo. ¡No se puede tener ahí, en medio de la ciudad!

BETH.- Si de verdad se lo llevaran a otra parte, estaríamos todavía más aislados.

CÉSAR.- El piloto podría recoger la ropa que la gente tiene tendida. ¡Pero si hasta tienen que incumplir el reglamento! ¡Me lo confesó una vez un piloto! *(Directamente a BRIGHT)* Cuando hagas tu viaje de vuelta, recuerda que obligan a despegar a los aviones en un ángulo de cinco grados, en lugar del reglamentario de tres. Precisamente porque el aeropuerto está encerrado entre edificios. O despegan a cinco grados, o entran en el salón de alguna vivienda.

BETH.- ¡No le digas eso! ¡Vas a ponerle mal cuerpo para la vuelta!

BRIGHT.- *(Con buen humor)* Recordaré lo de los cinco grados, seguro.

BRIGHT mira hacia el lugar en el que está SARAH, que ni siquiera ha cambiado de postura con la entrada del recién llegado.

CÉSAR.- Sarah, ¿No saludas al profesor Bright?

SARAH.- *(Con toda desgana, y sin moverse de donde está, levantando una mano en un gesto que parece un saludo)*
¡Hola!

SARAH vuelve a enfrascarse en la revista. Notamos que lo hace por no participar en la conversación, antes que por un verdadero interés en la lectura. Un instante después levanta los ojos para volver a hablar.

SARAH.- ¿Puedo irme a mi cuarto ya? Ya he cumplido con el plan de familia feliz.

BETH.- *(Con un hilo de voz)* Quédate un ratito más.

Mueca de desagrado de SARAH, que pasa una página de la revista de un manotazo.

BRIGHT.- *(Con la intención clara de distraerles del bochorno)*
Antes que nada, quería daros las gracias por acogerme este par de días.

CÉSAR.- ¡Por favor, no digas eso! ¡Es lo menos que podíamos hacer! ¡Que el profesor Bright se quede en tu casa es algo que debería ir directamente a las memorias de cualquiera!

BRIGHT.- Gracias, de todas formas. Es que estuve mirando... y el hotel más cercano está a una hora y media en coche como poco... Vivís... *(Duda si decirlo o no)* en mitad de ninguna parte.

SARAH.- *(Quien parecía distraída pero ahora conocemos que está más atenta a lo que ocurre de lo que parece)* ¡Esta vez no lo he dicho yo!

BRIGHT.- *(Intenta limar sus palabras, después del efecto de lo anterior)* Desde lo del accidente, procuro no conducir solo.

CÉSAR.- Ya leí lo del coche. Debió de ser terrible. En una entrevista, no hace muy poco, decías que arrastrabas fuertes dolores desde aquello.

BRIGHT.- Depende de los días, pero sí. Hay veces que la espalda no me deja vivir. Tengo que tumbarme y dejarlo todo, porque no puedo soportar el dolor.

CÉSAR.- *(Forzado, intentando a toda costa mostrar su cultura).* Como Frida Kahlo.

BRIGHT.- Bastante menos que ella, supongo. Ella debió pasar un infierno en vida. *(Claramente queriendo dejar de hablar del tema)* Fue una suerte increíble que saliera con vida, en realidad. De cualquier forma, gracias por ofrecer vuestra casa. No serán más que un par de días.

BETH.- *(Cargada de intención)* Ver las cartas de Sylvia y marcharte.

BRIGHT.- *(Intentando ser delicado al respecto)* Es que este semestre tengo mucha carga lectiva en la universidad. Y como no paran de cambiar la forma en que trabajamos, siempre tienes que andar adaptando el programa.

CÉSAR.- *(Con evidente curiosidad)* ¿Cuántas clases dedicas a la obra de Sylvia?

BRIGHT.- *(Elusivo, aunque con una media sonrisa de satisfacción)* Se lleva buena parte del programa de poesía del siglo XX. *(Como una broma)* Muchos estudiantes ya conocen mis gustos y no toman apuntes hasta que empiezo a hablar de Sylvia, porque saben que eso es lo que va a caer en el examen, de una manera o de otra.

La respuesta parece satisfacer a CÉSAR.

CÉSAR.- ¡Pues no tienes que agradecer nada por quedarte aquí! Además, estamos acostumbrados. Siempre hay alguien en casa por una cosa o por otra, ¿verdad, Beth?

BETH asiente, pero de una manera tan tibia que hace poco creíble la afirmación de su marido.

BETH.- Tendrás que dormir en el sofá. La casa es pequeña.

BRIGHT.- No hay ningún problema. Ya me lo avisó César por teléfono.

BETH.- Pensábamos darte la habitación de nuestra hija, Sarah.

BRIGHT.- No me gustaría que tuviera que ser ella quien- -

En las intervenciones siguientes, BETH y CÉSAR se interrumpen y solapan el uno al otro.

BETH.- *(Ambos intervienen los siguientes parlamentos en voz baja, disimulada, intentando que SARAH no lo oiga).*
Tampoco hubiera podido ser. Hablamos con ella, pero- -

CÉSAR.- Hemos perdido el control sobre Sarah. Llevamos un tiempo que no nos entendemos. Está teniendo esos problemas de autoridad...

BRIGHT.- Los jóvenes son complicados, hoy en día.

CÉSAR.- ¿Tú no tienes familia, verdad?

BRIGHT.- No, no.

CÉSAR.- Has hecho bien. *(Una frase incómoda, que cae como una losa entre los que le escuchan).* Mejor caminar hacia la extinción que aguantar a los hijos.

BETH.- Ha sido una niña difícil. Desde el principio.

Notamos que a BETH no le ha hecho ninguna gracia que desvele esa información tan delicada de una manera directa.

BRIGHT.- Tampoco iba yo a consentir quitarle la habitación a Sarah, para dos días que voy a estar con vosotros. Estaré muy bien aquí, de verdad. Además, ¡qué mejor lugar para dormir que rodeado de libros!

A CÉSAR parece agradarle la respuesta de BRIGHT.

BETH.- Siéntate, Leo, ponte cómodo. (*BRIGHT se sienta en el sofá, y CÉSAR en una silla no lejos de él*). Yo voy a la cocina. ¿Alguien quiere algo de beber?

CÉSAR.- (*A BRIGHT*) ¿Vino? Tenemos un Monfortino esperando una ocasión como esta.

SARAH.- (*De nuevo saliendo de su ensimismamiento para lo que le interesa*) ¡Yo me tomo una cerveza!

BRIGHT.- No entiendo una palabra de vino. Estarías desperdiciando lo que me ofreces con alguien que no sabe apreciarlo. Yo soy... más de cerveza.

CÉSAR queda bastante cortado con la afirmación de BRIGHT. Pedir una cerveza también parece de alguna forma ponerse de parte de SARAH.

CÉSAR.- Tomaremos cerveza entonces.

BETH.- Anda, Sarah, ven conmigo y me ayudas a poner algo de picar.

SARAH refunfuña. Comprobando que la madre no parece dejarle alternativa, se pone de pie, aún con la revista en la mano.

BETH.- No pongas esa cara. No estás haciendo nada, de todas formas. No se te va a caer el mundo porque me ayudes un momento.

SARAH suspira, resignada. Madre e hija salen por la izquierda.

CÉSAR.- (*En un tono aún más bajo, para intentar por todos los medios que SARAH no lo oiga*) Es de una relación anterior de Beth. Eso lo hace todo más difícil, porque no llega a verme como un padre. Al menos para lo que no le interesa. Sarah tenía ya diez años cuando su madre y yo nos conocimos.

(*Cambiando totalmente de tema*) La primera vez que tú y yo coincidimos fue en aquel congreso sobre Sylvia que se

celebró en Pau, en el Pirineo. Lo organizaba aquella mujer tan simpática...

BRIGHT.- Candelle de Brun.

CÉSAR.- Exacto. Yo presidía la mesa. Mi libro estaba entonces en todo lo alto. Estuvimos hablando sobre la unión entre poesía y biografía. Ahí resultaba fácil hablar de Sylvia, porque su poesía es pura biografía. También estaba con nosotros Rossell y aquel profesor de la barba de profeta... ¿cómo se llamaba?

BRIGHT.- Arturo Mayer.

CÉSAR.- Arturo Mayer. Exactamente. *(Mirando hacia su biblioteca.* ¡Qué bueno! Tiene que haber por ahí algún libro suyo. Lo de la literatura del pobre, y todo eso.

Se levanta y comienza a mirar en su biblioteca, buscando el libro aludido. Parece encontrarlo, vuelve a su sitio en el sofá y coloca el volumen encima de la mesa.

CÉSAR.- Tenía gracia porque precisamente él que había escrito un libro llamado *La literatura del pobre* parecía estar siempre sin un céntimo... ¡Me acuerdo que iba pidiendo dinero prestado a la gente del congreso, así por la cara!

BRIGHT.- *(Serio, aséptico)* Arturo Mayer arrastró varias adicciones los últimos años de su vida. Por eso siempre andaba falto de dinero. No sé si sabes que murió la pasada Navidad. Se incendió su biblioteca. Dicen que pudo ser una colilla sobre la alfombra. El caso es que... en lugar de salir de casa y pedir ayuda, Mayer intentó salvar sus libros. Y se quemó con ellos.

CÉSAR.- *(Con toda seriedad)* Una muerte muy... shakesperiana.

BRIGHT.- Una muerte estúpida.

CÉSAR queda de nuevo algo cortado por la rotundidad de la afirmación. Se ve en la necesidad de añadir algo para no quedar por debajo.

CÉSAR.- Fue un buen escritor.

BRIGHT.- Su vida era un desastre, pero él era un buen escritor. Como tantos otros.

BETH vuelve con unas cervezas y vasos. Se sienta en el extremo del sofá en el que se encuentra BRIGHT. SARAH trae un par de platos de picar. Los deja sobre la mesa, y toma comida de ellos tan pronto los deja sobre la mesa. SARAH toma una cerveza sin vaso y vuelve a su sitio en el fondo del escenario. Todos comienzan a beber.

SARAH.- *(Espontánea, refiriéndose a la comida, al tiempo que camina hacia la mecedora)* Lo que está mal cortado es lo que he hecho yo.

Sonrisa de circunstancias por parte de los adultos.

CÉSAR.- No sé si sabes que estoy metido de lleno en otro libro sobre Sylvia. Y la editorial Eolo ya me ha confirmado que lo quiere, que lo publica en cuanto ponga el punto final. Alan Hood, el editor, ¿le conoces?

BRIGHT.- No.

CÉSAR.- Pues me dijo que había tardado demasiado en volver a escribir sobre ella después del éxito del primer libro.

BRIGHT.- *(Recibe la noticia sin demasiado entusiasmo, y responde en un tono difícil de interpretar)* Se está publicando mucho sobre ella, últimamente.

CÉSAR.- ¡Es que el año que viene es el aniversario de su nacimiento! Por eso la editorial quiere tenerlo cuanto antes para que les dé tiempo a hacer coincidir la publicación y el aniversario. *(Viendo en la expresión de BRIGHT que necesita alguna justificación mayor que la del*

puro oportunismo editorial) Nunca quedé contento del todo con *Poesía de transatlántico*.

BRIGHT.- *(Con intención, aunque velada)* Se vendió muy bien.

CÉSAR.- Se vendió de maravilla, claro que sí. *(Mirando a su alrededor)* ¡Casi podría decirse que esta casa se pagó con ese libro!

BETH.- ¡No seas exagerado, César! ¡Todos sabemos lo que dan los libros!

CÉSAR.- *(Ignorando la intervención de BETH)* Fue un montón de pasta, pero nunca llegué a verlo como un producto acabado del todo, definitivo. Me quedaron muchas cosas por contar, muchos detalles entre Sylvia y yo. Esas pequeñas cosas que ocurrieron que dejé fuera del primer libro. Por pudor, supongo, aunque también es verdad que eran otros tiempos. Antes no se hablaba tanto de esas cosas. El caso es que dejé fuera demasiada intimidad.

BETH hace un leve gesto de rechazo ante la frase de su marido, que no pasa desapercibido a ninguno de los dos.

CÉSAR.- En estos quince años la sociedad ha cambiado mucho en ese aspecto. Ahora se cuenta todo. Cualquier veinteañero te detalla sus orgasmos. Puedes saber con quién se acuesta casi en tiempo real. Sin embargo en el libro de mi relación con Sylvia... no había nada. Nada explícito, quiero decir. Hablaba más de su literatura que de otra cosa. Por eso me he metido de lleno en esta especie de segunda parte. *(Sacando pecho)* ¡No tengo todavía cincuenta años y ya voy a dar dos libros de memorias!

BRIGHT.- *(Puntualizando de una manera envenenada)* De la memoria de dos meses de tu vida.

CÉSAR.- *(Que no parece llegar a captar del todo el significado del tono de BRIGHT, o lo hace y le da igual)* ¡Exactamente!, ¿No es increíble?

BRIGHT asiente.

CÉSAR.- Te quiero enseñar algunas páginas de la nueva biografía. Se va a llamar "Pelo salvaje". O "Piel salvaje". Algo que me guste que incluya salvaje. Voy a presentarte un adelanto exclusivo. Un fragmento que ni siquiera ha visto el editor. Una especie de privilegio de dormir aquí.

BRIGHT observa a BETH cuando CÉSAR habla de su libro. CÉSAR lo nota.

CÉSAR.- Beth no está demasiado contenta con este nuevo libro en el que voy a contar todo. En el fondo es muy conservadora. ¡Pero es que la gente quiere saber cosas sobre Sylvia! Tratándose de ella, cada detalle cuenta... Cualquier gesto, cualquier palabra que dijera... Todo puede ser clave para entender mejor su legado. Funciona así, ¿no? uno lo deja ahí, y después siempre viene alguien que lo lee y se inspira, y llega a una nueva conclusión gracias a lo que has dicho...

BRIGHT.- (*Irónico*) Debes tener una gran memoria para los gestos, tantos años después.

CÉSAR.- Beth podría enfadarse si contara *nuestras cosas*, pero todo lo que tenga que ver con Sylvia es... pues eso, como un tesoro que hay que ofrecer al mundo. Estamos hablando de la historia de la literatura. Cualquier pequeño detalle... hay que dejar las pistas porque alguien puede descubrir interpretaciones dentro de diez, veinte años... está ocurriendo continuamente, ¿no?

CÉSAR busca en su mujer una mirada cómplice que no encuentra.

CÉSAR.- Luego está que a Beth no le gusta demasiado la poesía de Sylvia.

BETH.- Es que... la mayoría me parecen simplemente vulgares. Con tantos detalles escabrosos, fijándose siempre en esas cosas que se fija...lo de los bebés muertos... hay algunas líneas que me horrorizan.

CÉSAR.- No entiende que puede ser vulgar y sublime.

BETH.- *(Algo seca)* También puede ser vulgar solamente.

BRIGHT se siente en la necesidad de decir algo al respecto.

BRIGHT.- En eso sí que no puedo ayudarte, Beth. Como sabes, yo he dedicado la mitad de mi vida a estudiar la escritura de Sylvia. Para mí es una especie de religión. De todas formas, entiendo que tiene que ser una sensación bastante curiosa, que tu marido sea una celebridad por... una relación anterior. Y que la gente pregunte continuamente sobre ese tema. Me podéis llamar antiguo, pero lo veo un poco- -

BETH.- *(Va subiendo el tono, dejando ver que se siente incómoda con el tema)* Es algo retorcido, sí. Si estás buscando una etiqueta, la que yo suelo poner es retorcido.

Se produce un silencio algo incómodo. BETH mira hacia la mesa. Su vaso y el de su marido están vacíos. A la cerveza de BRIGHT aún le queda algo de líquido.

CÉSAR.- Lo que has contado antes sobre dedicar tu vida al legado de Sylvia me ha recordado la anécdota de un pianista de jazz. No me acuerdo del nombre. *(Sin que nadie le pida que lo cuente ni muestre interés al respecto)*. Este pianista, para ganarse un dinero extra, tocaba en fiestas de ricos. Fiestas privadas. Muchos lo hacen. Cuando ya se había marchado todo el mundo y esperaba que le pagaran, la señora de la casa se le acercó y le dijo: daría media vida por tocar como usted. ¿Y sabéis que le contestó el músico? Pues que aún saldría ganando, porque él la había dado entera.

BRIGHT sonríe ante la historia de CÉSAR.

BETH.- ¿Otra cerveza?

BRIGHT.- No por ahora.

BETH.- Yo sí quiero otra.

CÉSAR.- Tráete mejor vino. *(Con una sonrisa)* Antes o después convenzo al profesor Bright para que deje esa cosa amarga y empiece a prestarle atención al vino.

SARAH se pone de pie, y se acerca a ellos.

SARAH.- Ahora sí que me tengo que ir. Aquí os quedáis. *(A CÉSAR)* Te cojo tu coche.

CÉSAR.- No, no. ¿Para qué te compramos el pequeño?

SARAH.- ¿Para que me quedara tirada ya dos veces en mitad de ninguna parte? Esta noche no, gracias. No quiero quedarme tirada otra vez a las cuatro de la mañana, en estas carreteras de sierra. Si viviésemos en un sitio normal no habría este problema. Además, tengo que pasar por el trabajo antes de salir. Hay un chico nuevo del que no me fío un pelo. Una especie de listillo.

CÉSAR.- La segunda vez te quedaste sin gasolina. Hay que llenarlo, de vez en cuando.

SARAH.- Debería encenderse alguna luz, cuando eso pasa. En los coches normales, por lo menos. Pero no en los que has sacado de la chatarra para que no se estropee el tuyo.

BETH.- *(A BRIGHT)* Así se pasan la vida. *(A SU HIJA)* Coge el coche nuevo, anda. El otro acaba de salir del taller, cualquiera sabe.

SARAH sale por la derecha sin despedirse.

CÉSAR.- ¡Lo mejor de todo es que trabaja en un Mac de esos! Toda una vida hablándole de las alternativas al capital, rodeada por cultura, intentando educarla en otros valores, de otra forma... y al final su única aspiración es trabajar en una hamburguesería, como cualquier descerebrado... *(Busca en BRIGHT algún gesto de comprensión a su queja, pero no lo encuentra).* ¡Además, a una hora de aquí! Se gasta más dinero en gasolina de lo que le pagan esos explotadores.